



## El frotamiento: El interjuego sexual como un nexo entre el deseo erótico, el amor romántico y el apego emocional <sup>1,2</sup>

Margaret Crastnopol<sup>3</sup>

*Northwest Center for Psychoanalysis, Seattle, Washington*

Tanto el interjuego sexual como las relaciones sexuales implican no sólo un impulso erótico, sino una red de pulsiones de apareamiento coincidentes y divergentes. Los sentimientos románticos, de afecto y compañerismo, colorean la experiencia sexual en diferentes grados en unión del deseo erótico como tal. La cadencia rítmica de cada una de estas urgencias por el apareamiento, durante el interjuego erótico, es tan importante como el orgasmo final. El papel del “frotamiento” – una forma de fricción constructiva, un sano empuje y una oposición vital entre uno mismo y el otro – crea una excitación dinámica hasta ahora desatendida por nuestro predominante interés en el orgasmo como tal. La experiencia de oponerse al otro y de recibir la oposición del otro promueve el cambio y el crecimiento mental.

**Palabras clave:** Deseo erótico, Amor romántico, Apego emocional, Psicoanálisis Relacional

Sexual interplay and intercourse itself involve not just an erotic impulse, but a *web* of mating drives that coincide and diverge. Affectionate, romantic, and companionate feelings color the sexual experience to varying degrees in conjunction with lust itself. The rhythmic cadence of each of these mating urges during sexual interplay is just as important as the orgasmic goal. The role of the “rub”—a kind of constructive friction, of healthful pushing against, of a vital opposition between self and other—creates a dynamic excitement that has hitherto been underappreciated by our focus on orgasm itself. The experience of opposing another and being opposed promotes psychic growth and change.

**Key Words:** Lust, Romantic Love, Emotional Attachment, Relational Psychoanalysis

**English Title:** The Rub: Sexual Interplay as a Nexus of Lust, Romantic Love, and Emotional Attachment

**Cita bibliográfica / Reference citation:**

Crastnopol, M. (2009). El frotamiento: el interjuego sexual como un nexo entre el deseo erótico, el amor romántico y el apego emocional. *Clinica e Investigación Relacional*, 3 (2): 307-325.

[<http://www.psicoterapiarelacional.es/CeIRREVISTAOnline/CEIRPortada/tabid/216/Default.aspx>] [ISSN 1988-2939]

*No me gustas, pero te amo/ Parece que siempre  
estoy pensando en ti/ Oh, oh, oh/ Tú me tratas  
mal, yo te quiero con locura/ Realmente me  
tienes pillado...*

William “Smokey” Robinson

*Yo lo sabía todo sobre el acto amoroso en tanto  
que no-acontecimiento, pero todavía creía que  
era el acto en el que una persona podía  
aprenderse realmente a otra, y construir a partir  
de lo que había aprendido... Más que nada  
porque era un viaje que todavía no había logrado  
hacer, yo creía que el cuerpo era el camino hacia  
el corazón y que el corazón era el camino hacia el  
alma.*

Nuala O’Faolain (2001, pp. 64-65)

Una niña de siete años baja la escalera en pijama durante una celebración familiar, una noche de primavera. Su intención es rapiñar algunos caramelos blandos de chocolate “besos de almendra”, un dulce especial de la época, para sus primos mayores que están de visita. A diferencia de ella, estos dos chicos son atrevidos, traviosos y no temen romper las reglas cuando les viene en gana. Celebrando su presencia, ella se atreve con la multitud de adultos que se hallan en el salón. Espera evitar encontrarse con tías y tíos que la retengan con preguntas interminables, retrasando su regreso a las excepcionales diversiones de arriba.

¿Qué significado psicológico tiene para esta chiquita acaparar en el bolsillo de su pijama tantos dulces, envueltos en celofán, como pueda? Está sintiendo un cosquilleo de algo desconocido que surge, del despertar sexual. Sin duda está intentando llamar la atención de sus primos, presentándose como un objeto más deseable, al poder compartir con ellos unos dulces especiales. Intenta ganar su respeto implicándose en una pequeña travesura. Mediante este acto de caza-recolección la niña expresa su deseo de cuidar y alimentar a estos primos algo mayores, que son “suyos” por la conexión familiar, pero que tampoco son totalmente suyos – familiares y extranjeros a la vez. Ella se siente atraída por estos dos chicos, se identifica con ellos y se pone al servicio de ambos, todo al mismo tiempo. Se enfrenta – acepta enemistarse – con el mundo adulto en su nombre. Como en la poesía de Smokey Robinson, citada más arriba, estos chicos la tienen pillada.

Con frecuencia, a cualquier edad, el amor es así – apasionante y espontáneo, mezclando el compañerismo con el romanticismo, el romanticismo con la sexualidad, la sexualidad con el deseo de mezclarse y generar algo más duradero juntos. Ardemos en amor por alguien que no nos gusta o sentimos indiferencia por alguien que amábamos desesperadamente la semana anterior. Experimentamos una explosión de erotismo hacia alguien que hasta ese momento habíamos considerado “sólo” una amistad. Este giro inquietante de nuestros acontecimientos internos a menudo nos provoca consternación, así como culpa y vergüenza, frustrando todo intento de control. A veces, en medio de una pelea no sabemos qué inclinación seguir, si apretar más fuerte o soltar por completo. Ese era el caso de Edward, cuyo mundo interno, después de diez largos años de matrimonio, estaba dominado por impulsos de enfrentamiento. Volveré pronto a este dilema.

## Un enfoque relacional de las vicisitudes del amor

En su estudio intelectualmente estimulante *¿Puede durar el Amor?* (2002), así como en el inmediatamente anterior (1997), Stephen Mitchell se enfrentó a la cuestión de qué relación existe entre el amor y el sexo apasionado. Comparaba el amor tranquilo y duradero de parejas comprometidas durante mucho tiempo, con el deseo intenso de una relación nueva y repentina. Argumentaba en contra de la sabiduría popular en el sentido de que un individuo se siente atraído por las relaciones sexuales extramatrimoniales porque quiere tener una mayor variedad sexual, por aventura personal o como crecimiento. En lugar de eso, Mitchell considera que esas *aventuras amorosas* son una huida defensiva de la experiencia realmente más arriesgada y amenazadora que supone profundizar los propios lazos emocionales – y sexuales – con alguien que nos conoce completamente. Las relaciones extramatrimoniales serían una defensa contra las demandas que supone el tener que incorporar la autoexploración sexual, y de otros tipos, en la relación psicosocial en marcha en que consiste una relación matrimonial estable y duradera.

La tesis de Mitchell generó muchas respuestas intrigantes, entre las que destacaron especialmente las de Ruth Stein y Virginia Goldner. Stein (1998), invocando la primera y la segunda teoría pulsional de Freud, ofreció un análisis muy detallado y diferenciado del amor, el idilio, la sexualidad y la pasión. En su opinión es la pasión – no la sexualidad por sí misma – la que opone dificultades, transgresiones y enigmas. Dicha pasión puede residir, y acaso debería hacerlo, en las relaciones de amor comprometido tanto como en las uniones ilícitas. Goldner (2004) adujo que la dependencia de un vínculo amoroso estable a menudo aumenta más que mitiga la propia disposición hacia la autoexperimentación y la implicación apasionada con el otro.

La línea de pensamiento de Mitchell estaba limitada, a pesar de su riqueza, por su división del amor y del deseo en dos polos categoriales. En mi opinión dicha dicotomía no capta plenamente la caprichosa diversidad y amplitud de este campo de la experiencia humana. ¿Cómo podría esto explicar el escenario iniciático de una muchachita transportada de gozo por la visita de sus primos, que después de todo son a la vez extraños y, literalmente, familiares? ¿Y, en otras situaciones, qué decir de las diferentes coloraciones y tonos del amor? ¿Y qué de las diferentes cualidades del deseo? ¿Es el deseo erótico un acompañante exclusivo del romance o puede mantenerse también (como defiende Goldner) en el amor entendido como compromiso duradero? ¿Puede el mismo compromiso ser apasionado? Estas preocupaciones me hicieron detenerme y, para “retomar la partida”, rebobiné hasta el simple acto de la relación sexual, para revisar su papel como modelo de un intercambio humano profundo. También consulté las investigaciones psiconeurológicas para ver si así aumentaba nuestra comprensión del asunto.

## Las pulsiones de emparejamiento múltiple y la relación sexual como su nexo

Sugiero que no hay solamente dos sino, por lo menos, tres impulsos de emparejamiento separados y *diferenciables* – deseo, amor romántico y aquello que ha recibido varias denominaciones, como apego emocional, compañerismo o dependencia<sup>4</sup>. Posiblemente se podría añadir un cuarto impulso a estos tres – la generatividad o procreación compartida – pero dejaré esta posibilidad y mis argumentos sobre ella para otra contribución. Cualquiera de estos tres o cuatro impulsos es de una importancia vital. Cualquiera de ellos puede ser más o menos apasionado, íntimo, adaptativo o defensivo, constructivo o destructivo. El interjuego erótico, especialmente en el contexto del cortejo o emparejamiento, tiene

probablemente mucho más que ver con el romance y el apego que no propiamente con la sexualidad. El acto sexual tiene tanta carga psíquica no porque (o no exclusivamente) implique una mera gratificación erótica, sino porque al estar sustentado de forma tan básica en el cuerpo, sirve fácilmente como nexo a la vez literal y simbólico para *todos* los impulsos de emparejamiento.

Para encuadrarlo desde otra perspectiva, las metáforas psicológicas a menudo están arraigadas en el cuerpo porque son las elaboraciones imaginarias de los ritmos corporales las que dotan de significado y continuidad a la vida. La relación sexual es una de las pocas cosas que hacemos que conectan físicamente dos cuerpos en un modo que, simultáneamente, realza su unión y su separación. En ese sentido, también se plantea como metáfora de la expresión intersubjetiva más elemental entre dos personas. En la medida en que el amor romántico implica disfrutar de los atractivos del otro, la proximidad física y la conexión del acto sexual combinan la identificación con el otro y el disfrute de sus riquezas. Así se capta la esencia del amor romántico. En tanto en cuanto el apego emocional supone empatizar con y transmitir nuestros sentimientos más íntimos, la penetración literal y el abrazo del acto sexual sintetiza literalmente el apego en su totalidad, físico. Por eso, en consonancia con la descripción que realiza Freud del eros en acción, considero la relación sexual y sus variantes como expresiones corporales y ejemplificaciones del amor romántico y del apego/dependencia, así como del deseo sexual mismo.

En esta misma línea, Hazan y Zeifman (según son citados por Cassidy y Shaver, 1999) trazan el recorrido biofísico mediante el que la actividad sexual conecta potencialmente estos tres impulsos. Los autores citados señalan, aludiendo a los procesos del condicionamiento clásico y operante, que:

mediante la repetición de intercambios confortadores, incluyendo la disminución de tensión que se alcanza mediante el clímax erótico, un amante llega a ser asociado con la reducción de tensión y el alivio... El apego, por tanto, puede suponer el condicionamiento del sistema opioide de un individuo ante el estímulo de un otro determinado (p. 350).

Los autores añaden que el incremento en la dependencia mutua de los dos miembros de una pareja (manteniendo la tesis de Goldner) se relaciona con la “co-regulación de sus sistemas fisiológicos” (p. 351). El apego se hace más fuerte debido a que inconscientemente cada uno usa al otro como un estímulo externo que ofrece claves regulatorias para el propio sistema interno, y esto desarrolla un sentido de equilibrio y seguridad fisiológicos. Por tanto, en cierto sentido la relación sexual forma parte de una resonancia psicofisiológica más amplia que ocurre en aquellas parejas que en la práctica incluyen al otro en la propia vida psíquica. Alimentan, socavan y, por lo demás, modifican a cada uno de los participantes, dependiendo de su particular self psicofisiológico y de las circunstancias del emparejamiento<sup>5</sup>.

### El frotamiento, la fricción y la oposición

Quiero proponer que el buen “frotamiento” de la pulsión sexual – el *proceso de búsqueda del otro para lograr la tensión sexual y su alivio*– así como el desencadenamiento del orgasmo como tal, es lo que impulsa la motivación psicológica humana y el emparejamiento. Somos impulsados por el deseo de experimentar los gradientes en contrapunto de la presión, la intensidad y el ritmo del contacto con un “otro” que sea capaz de proporcionarlos adecuadamente. Todas esas pequeñas caricias – o, tanto vale, los mordisquitos o

rascaduras – que de forma gratificante aumentan, reducen o alivian la tensión sexual, nos condicionan tanto psicofisiológicamente como emocionalmente en la vinculación con otra persona. La sensibilidad y receptividad con que cada cual toca y es tocado por el otro lleva a la intensificación de su vínculo mutuo. De nuevo, aunque esto también es verdad de los otros dos impulsos de emparejamiento, el acto sexual sirve como una buena manifestación concreta así como de útil metáfora para todos ellos.

Para especificar algo más el asunto, el amor y el emparejamiento implican no sólo el frotamiento, sino también lo que el frotamiento crea, la *fricción*. En la medida en que asociamos la fricción con algo problemático o malo, menospreciamos el significado constructivo que tiene la fricción *creativa mutua* en el flujo y reflujo erótico. El intercambio de caricias, palmadas y toques constituye una oposición, un *presionar en contra* – la acción de frotar piel contra piel, de músculos que se mueven unos contra otros, de nervios que activan neuronas – todo de acuerdo con ritmos que fluctúan con contracciones y expansiones. Tomando prestada la imagen de Stephen Mitchell, estamos “diseñados” para necesitar al otro tanto para que sirva de vehículo como para que haga de obstáculo, contra el cual presionar, a fin de iluminar y activar partes importantes de lo que somos o podemos ser. La consecuencia es que un cierto grado de obstrucción mutua o, incluso, de presión, es una parte inherente de la relación humana, y no simplemente un producto de descomposición cuando las relaciones van mal. Las diferencias, los desacuerdos, las discordancias, incluso los conflictos son partes importantes y valiosas de las relaciones humanas íntimas.

Por la misma razón podemos hacer, y hacemos de hecho, distinciones entre “frotamientos” suaves y bruscos, entre “frotamientos” que son experimentados como buenos y acertados y otros que son experimentados como malos o equivocados. (Aquí es obviamente donde vienen a colación las relaciones eróticas sadomasoquistas o violentas; la agresividad malvada frente a la agresividad con intención benigna.) Como en la propia interacción sexual, un emparejamiento suficientemente bueno supone encontrar a alguien cuya forma de implicación (su “frotamiento”) se combine de manera efectiva con el propio. Es necesario sentirla divertida y estimulante, al mismo tiempo peligrosa y suficientemente segura, *hacer* lo mismo que el otro hubiera querido *haberle hecho* a él o ella. Y cada participante necesita rastrear el encaje entre las cualidades del frotar y del ser frotado; cada uno necesita evaluar la proporcionalidad entre el dar y el recibir. El que estos asuntos tengan tanta variabilidad individual hace que el cortejo y el emparejamiento sean empresas tan precarias como lo son de hecho.

La relación amorosa dentro de la pareja – ya sea en el plano sexual, romántico o emocional – es más un arte que una técnica. Un arte que requiere un duro trabajo. Necesita dedicarle energía y compromiso para querer implicarse en la tarea del frotamiento, porque conlleva la aplicación de una presión prolongada. Otra labor que requiere esfuerzo es el intento por descubrir los paisajes físicos y emocionales del otro, con sus lugares agradables y desagradables particulares.

A continuación, según vaya jugando con las metáforas sobre el frotamiento y la fricción, me moveré entre diferentes matices de sentido relacionados; el frotamiento como oposición, conflicto, presión controlada, influencia, fuerza directa, etc. En algunos momentos y situaciones que describo, la presión conjunta de los frotamientos es sincrónica mientras que otras veces no; en ocasiones es una profundización de las relaciones anteriores, otras veces las altera. Espero que el lector acepte y soporte estos deslizamientos.

La perspectiva relacional, según la articulación de Mitchell (1988, 1997, 2002) y muchos otros (véase Mitchell y Aron, 1999), es el fundamento de mi presente conceptualización



sobre la interdependencia premeditada. Pero también hay otras perspectivas – freudiana, winnicottiana y fisiológico-evolucionista – que han contribuido significativamente a mi pensamiento.

### Un Contexto Freudiano

Freud describió de manera convincente las relaciones entre la necesidad biofisiológica y la psicológica. La pulsión de autoconservación implicaba sentimientos de ternura (“apego de compañerismo”) hacia aquellos que te alimentan<sup>6</sup>. Los impulsos eróticos se mezclan o “hacen autostop” con aquellos de tipo afectivo, autoconservadores, asociados con la alimentación al pecho; sólo después, en el curso del desarrollo, la pulsión erótica se vuelve independiente de la de autoconservación. Según fue evolucionando esta teoría, Freud separó el Eros como elemento primero (junto con la agresividad) de todos los demás impulsos humanos y del propio desarrollo. Eros era considerado como el fundamento del deseo amoroso<sup>7</sup>. En este contexto, la relación sexual y su objetivo de descarga orgásmica constituía el paradigma central para comprender la vida psíquica interna así como el amor y el emparejamiento.

El que invoquemos la perspectiva inicial de Freud podría implicar un argumento revisionista sobre la primacía de las necesidades de apego sobre las sexuales, como propusieron Fairbairn y Winnicott. Lo que estoy planteando es que ambas necesidades son igualmente importantes, aunque diferentes, y que las relaciones sexuales pueden reforzar los vínculos afectivos tanto como a la inversa. Es más, mi propio foco de atención sobre el proceso de la interacción sexual no destaca la gratificación sexual, como tal, como el rasgo más significativo, sino las micro-gratificaciones derivadas del propio compromiso a lo largo del tiempo. El elemento de la “presión en contra” que yo subrayo incorpora íntimamente lo agresivo con lo sexual.

### Un contexto winnicottiano

La importancia de presionar contra el objeto y que el objeto ofrezca cierto grado de oposición, también puede ser contextualizado en relación con la teoría de Winnicott (1965) del verdadero y del falso self y de cómo se refuerza el sentido de realidad. Winnicott dijo:

El self verdadero procede de la vitalidad de los tejidos y de la acción de las funciones corporales, incluyendo la actividad del corazón y de la respiración [y, yo argumentaría, y de la estimulación y descarga sexual]. Está muy conectado con la idea del proceso primario y es, desde el comienzo, esencialmente no reactivo a los estímulos externos, sino primario [p. 178]

La capacidad para “destruir” metafóricamente al objeto mediante nuestro uso del mismo, nos permite sentirnos más vivos. En la dimensión del uso del objeto que tiene que ver con el interjuego sexual, el individuo se enfrenta con varios peligros psicológicos, en el camino de sentirse más vivo. El primero es que él, o ella, puede abrumar y en la práctica, como consecuencia, dañar o hasta matar al objeto, lo que produce el miedo ante la propia destructividad y/o la ansiedad por el abandono. El segundo es que puede verse abrumado para siempre por el otro, produciéndose una ansiedad de aniquilación. Enfrentarse contra estos dos miedos en la cadencia de la interacción sexual proporciona la seguridad esencial con que aliviar estos profundos temores humanos<sup>8</sup>.

## Un contexto neuroevolucionista

Como se advirtió previamente, la teoría freudiana posterior planteaba que el amor estaba basado en una única pulsión (Eros) o, como mucho, en la mezcla de dos (añadiendo la autoconservación o la agresividad; véase Brenner, 1974). En lugar de esto, yo he argumentado que el amor en la vida de una pareja adulta abarca *múltiples* pulsiones de emparejamiento, cada una con su propia cualidad y su propia fuerza. Los hallazgos empíricos de Helen Fisher (2004) y sus colegas apoyan mi perspectiva pues también consideran que el amor romántico, el apego/dependencia y el deseo erótico forman tres sistemas motivacionales separados e interactivos que en su conjunto constituyen el emparejamiento. Fisher encontró que el amor romántico insistente y obsesivo está asociado con una elevación de la dopamina o de la norepinefrina junto con una disminución de la serotonina. Advirtió que la dopamina es un transmisor que hace de mediador en la recompensa, y que “produce un centramiento en la atención, ... una intensa energía, una concentración en la motivación por alcanzar la recompensa y sentimientos de elación, incluso manía” (p. 71). Estas características, insistió Fisher, son básicas en el amor romántico. De acuerdo con la elaboración de Solms y Turnbull (2002)<sup>9</sup> sobre los “sistemas de comandos en las emociones básicas”, Fisher llega a la conclusión de que el amor romántico no es un afecto especializado sino un “sistema motivacional primario” y que, junto con las otras pulsiones de emparejamiento, está sustentado por la corriente dopaminérgica. Su premisa explicaría la impulsividad de este sistema de recompensa – vencer al propio amado – dejando al mismo tiempo lugar para una amplia variedad de sentimientos, desde la elación hasta la desesperación, que pueden acompañar el estado de enamoramiento.

Fisher argumentaba además que el amor romántico puede ser diferenciado del deseo erótico y del apego/conectividad por la presencia de hormonas adicionales en estas otras dos pulsiones. El deseo erótico posee la mediación adicional de la testosterona, y el apego/conectividad de la oxitocina y de la vasopresina. Para complicar el asunto pero para ayudar en la explicación de algunas rarezas de los sentimientos y motivos humanos, a veces alguno de estos neurotransmisores puede disparar a otro. Por ejemplo, se sabe que la dopamina y la norepinefrina (las sustancias que subyacen al deseo erótico) disparan la oxitocina y la vasopresina (hormonas asociadas con la crianza), que a su vez pueden provocar que dos individuos se sientan más vinculados en el sentido dependiente/compañero (véase la nota número 2). Las interconexiones de estos circuitos dan apoyo a las innumerables manifestaciones y permutaciones de las formas del amor entre dos personas. Como acertadamente comentó Fisher:

Desgraciadamente, muchos de nosotros tenemos periodos en nuestras vidas en que estas tres pulsiones de emparejamiento – deseo erótico, amor romántico y apego – no se centran en la misma persona. Parece ser el destino de la humanidad el que seamos *neurologicamente* capaces de amar a más de una persona al mismo tiempo (pp. 93-94).

En otras palabras, las tres pulsiones diferentes vinculan de forma fácil e inconveniente con diferentes objetos. Y, desde luego, cuando esto ocurre de forma simultánea puede causar estragos. Las diferentes rutas neurológicas de las pulsiones de emparejamiento hacen que la ausencia de monogamia y la infidelidad una posibilidad siempre presente.

Queda por comprobar si los resultados de Fisher superan la prueba del tiempo. Las rutas fisiológicas que bosqueja todavía no son del todo comprendidas y las pulsiones no pueden

ser diferenciadas de manera concluyente entre sí a nivel biofisiológico. De momento, no obstante, estos hallazgos sugieren ciertamente que las diferentes pulsiones de emparejamiento junto con sus sustratos fisiológicos covarían, y que su influencia recíproca es no-lineal e indeterminada.

El frotamiento está presente en todas las pulsiones de emparejamiento, con su dinámica intersubjetiva de generar, aumentar o apagar y moderar las sensaciones, los sentimientos y los pensamientos. Ocurre en las situaciones de dependencia/apego así como en las decididamente románticas o de deseo erótico. La pasión dentro del frotamiento también puede estar presente tanto en situaciones de dependencia y compañerismo como en el romance y el deseo erótico. (Piénsese, por ejemplo, en el cambio de pasiones que supone el cuidar de un “otro significativo” durante una enfermedad, o la intensa oleada de calidez que se genera cuando vemos a nuestro compañero/a cuidando tiernamente de uno de nuestros hijos). La fricción física en las zonas erógenas, y su interrupción, sirven de metáfora para el ejercicio de una influencia psíquica (emocional, actitudinal e incluso intelectual). Los impulsos de emparejamiento, tres o más, se relacionan entre sí a modo de configuraciones (véase Crastnopol, 2001) – a veces covarían, a veces no se relacionan. Mitchell, Stein, Goldner y otros, que han descrito las interrelaciones entre estos impulsos, pueden estar cada uno de ellos en lo cierto bajo ciertas circunstancias específicas.

Tomando esto como punto de partida, podemos alcanzar un modelo convincente para comprender la variedad de actitudes afectivas que son, como dijo el novelista Raymond Carver (1974), “todo aquello de lo que hablamos cuando hablamos de amor”.

### Un caso en el que el frotamiento fracasó

Hace unos años, estando en análisis con cuatro sesiones semanales, Edward describió dolorosamente la fuerte discordancia sexual que existía entre él y su esposa, Gemma. Llevan juntos diez años y eran médicos investigadores en departamentos diferentes de una empresa médica privada. A lo largo de su matrimonio, Edward experimentó que su mujer cada vez tenía menos entusiasmo por las relaciones sexuales. Parecía que no toleraba el que Edward disfrutara cuando aumentaba su propia excitación en la cama. Tomaba el ensimismamiento de su marido como indicador de que la veía a ella como un objeto o un vehículo para su propio placer. Escrupulosamente sincero consigo mismo en este terreno, Edward no podía negar por completo la acusación, pues la descarga erótica no dejaba de ser importante para él. (La acusación de *cosificación* resonaba en su interior con mucha mayor profundidad que todo esto, pero esto no lo pudimos comprender hasta más tarde). Cada vez se hizo más agudo su conflicto entre verse como un grosero lascivo o aceptar sus impulsos como naturales y permisibles, aunque frustrados. En su época de adolescencia y juventud, Edward había experimentado ambivalencia hacia la intensidad de su pulsión sexual, a menudo disfrutando de ella pero a veces desconfiando, por lo que el conflicto era en cierto sentido la exteriorización de un tema personal latente.

Edward sentía que las sensaciones eróticas de Gemma y sus respuestas orgásmicas se habían vuelto tan molestas para ella como placenteras habían sido. Ella tenía ahora 56 años, mientras que él tenía 50, y había empezado a realizar ciertas prácticas espirituales que rebajaban su actividad sexual. Edward tenía la impresión de que la dedicación de ella a las prácticas religiosas ascéticas, así como su creciente desinterés por el deseo sexual y por ella misma, podían ser una defensa contra la ansiedad por sus crecientes deseos de liberarse o, de hecho, por aumentar su dependencia de él.



Desde luego, la propia ambivalencia de Edward y su conflicto contribuyeron ampliamente a su falta de concordancia sexual. Sus sentimientos hacia su mujer estaban imbuidos de transferencia materna. Llevados a la relación matrimonial, Edward estaba sirviendo, de una forma caballerosa aunque pasiva, a una madre necesitada y deprimida, dominada por su marido autoritario, su padre. Un sueño ilustrativo captaba toda esta situación edípica temprana:

Mi madre llamaba a mi padre por el teléfono. Yo estaba escuchando. Le decía todo lo que lo amaba. Él era totalmente mezquino con ella, y le decía ¿Cómo puedes ser tan débil y patética? ¿Cómo aceptas que te eche esta mierda? Esto sólo muestra lo débil que eres”. Mi madre estaba llorando y yo estaba sentado a su lado, esperando servirle de consuelo. Nada más.

Edward añadió que su madre se veía extremadamente bella en el sueño y que él se sentía sobrecogido por ello. El sueño era un pastiche entre lo real y lo improbable – realmente su madre era bella, su padre podía ser de hecho terriblemente condescendiente y desdeñoso, y el paciente durante sus primeros años frecuentemente había actuado como compañero y confidente de su madre. Sin embargo, su madre en realidad no era especialmente expresiva de su amor hacia el padre. La relación de ambos en la práctica era más bien utilitaria. Edward se sorprendió al descubrir que su yo en el sueño no sintiera dolor o responsabilidad por la madre; en lugar de esto aparecía más bien despegado. Examinamos esto desde dos perspectivas diferentes – ambas indicativas de una mayor independencia del vínculo madre-hijo y de cierta hostilidad inconcreta hacia la madre. Pero la rabia era demasiado distante, atenuada y vaga para poder ser trabajada en ese momento.

Posteriormente el sueño se vio como un reflejo de la relación corrosiva de Edward consigo mismo, un autorechazo interno de su propia dependencia y debilidad. También reproducía una situación edípica que había representado con su madre en muchas ocasiones, durante la adolescencia. Él ahora reactualizaba la dinámica de los padres del sueño en su propio matrimonio, con Edward en el papel de su (suplicante) madre, al menos en lo tocante a la sexualidad, y Gemma en el del (retentivo) padre.

El deseo inconsciente de Edward de evitar que empeorara el sentimiento interno materno/femenino de impotencia estaba todavía muy activo, como avisaba el sueño. Indudablemente esto contribuyó a que dejara que el rechazo sexual de Gemma ganara influencia. No se sentía libre para presionarla – de forma literal o figurada – con sus solicitudes “de frotamiento”. También tuvimos en cuenta la posibilidad de que inconscientemente hubiera llevado a Gemma, a través de la identificación proyectiva, a poner en acción una parte antisexual, original de él. Quizá así se conservaba célibe y casto, algo que lo gratificaba tanto como lo exasperaba. En la misma medida, su gentileza podía ser una formación reactiva u otra defensa contra el enfado subyacente, latente.

Edward pasó los primeros años de su análisis enredado en nudos internos y relacionales. No podía “engranar” con Gemma ni física ni sexualmente, y tampoco podía pelear eficazmente por este asunto (otro frotamiento fracasado) pues ella minimizaba su importancia. Por *engranar* quiero decir cualquier tipo de fricción o frotamiento que crea un “enganche”, un agarre, una oportunidad para ejercer influencia sobre el otro. Asimismo, el frotamiento constructivo (como un ritmo de influencia) en el terreno sexual estaba ausente también en otras esferas. Y por motivos semejantes, este engranaje estaba en ocasiones ineluctablemente ausente también de la matriz de transferencia/contratransferencia, como describiré más tarde.

Cuanto más le privaba Gemma (o al menos él así lo sentía) más frustración experimentaba Edward; cuanta mayor frustración, mayor furia. Pero cuanto mayor furia menos derecho sentía que tenía a aquello que deseaba. La humillación correspondiente a la no satisfacción de sus necesidades, junto con su vergonzoso temor a no merecer dicha satisfacción, le causaba estados de profunda depresión y la parálisis en muchos aspectos de su vida.

Yo veía a Edward atrapado en su identificación con el otro ideal de la madre – el varón consolador y sensible dispuesto a ceder ante las necesidades de la mujer, como se sugería en la escena del sueño. Esto se sustentaba en una contraidentificación con su padre inestable e imperioso. Por debajo de todo esto, sin embargo, estaba la desesperación por la impresión que tenía de su madre como una persona plana, sin afectos, despegada, abyecta – en cierto sentido, muerta. Una vez le dijo a Edward de hecho: “No tengo que hacer nada cuando entro en una habitación, mi apariencia física [su belleza] es suficiente para gustarle a la gente”. El padre la había apreciado por su encanto externo y parece que ambos tenían el acuerdo tácito de que con eso bastaba. Sin embargo, *no* era suficiente para sustentar un frotamiento constructivo entre ambos. El desapego de la madre probablemente alimentaba la tremenda agresividad del padre y a la inversa, en un círculo vicioso. Por eso Edward también se identificaba con la rabia silenciosa de su padre por tener una mujer “muerta”, asexual (aunque bella), alguien que por su magnífica apariencia podía cumplir con sus necesidades narcisísticas mientras que frustraba, sin lugar a dudas, muchas otras (inferimos que también las sexuales). Al estar suprimidas tanto las necesidades del padre como de la madre, no era posible pelear por ellas, no había un frotamiento efectivo entre ambos progenitores.

Según Edward fue comprendiendo progresivamente sus propios bloqueos junto con sus orígenes históricos, fue siendo capaz de romper su actitud de mutismo cortés y gentil en relación con Gemma. Realizó un trabajo continuado para encontrar su propia voz en la relación interpersonal con ella, lo que le permitió sentir una vitalidad creciente en sus relaciones. También logró apreciar con mayor claridad los puntos fuertes de ella y sus virtudes. Gemma, con su mente alerta, pudo explorar las ideas de Edward relacionadas con el trabajo de forma novedosa, lo que supuso para él un desafío para ensanchar su pensamiento. (En este sentido, ella era la encarnación reparadora de una madre ideal realmente cuidadora, activa y productiva mientras que su madre real había sido pasiva y poco efectiva). En la medida en que pudo expresarse con tacto, Edward le ofrecía perspectivas sobre el trabajo científico de ella que le resultaron constructivos. La “fricción” intelectual surgió entre ellos y les pareció mutuamente estimulante, casi erótica en sí misma, en cuanto les volvía a unir.

Este engranaje particularmente vivaz no dejaba, sin embargo, de tener peligros. Podía herir, de hecho. Edward se reconoció a sí mismo que en ocasiones podía aumentar inadvertidamente las dudas profesionales de Gemma al demostrar con tanta confianza su perspicacia en las discusiones sobre ciencia básica. De forma consciente se había visto a sí mismo muy sintonizado con los sentimientos femeninos al haber intentado revitalizar a la madre con sus tiernas atenciones. ¿Era él la versión desinfectada actual del matón que había sido su padre, ocultándolo bajo los modos de un honrado “desafío y desacuerdo intelectual”? ¿Estaban sus críticas alimentadas por la frustración sexual? ¿Estaba esto quizá activando las defensas de Gemma y al mismo tiempo mitigando su interés sexual? ¿Acaso en esta esfera de su vida en común, el frotamiento de *él* no era adecuado para *ella*? Gran parte del trabajo analítico se centró en que él admitiera un sentido oculto de superioridad con respecto a Gemma y a las mujeres en general (incluyéndome a mí), cuyo resultado fue

que Edward sintonizó más con ello y fue capaz de renunciar a cierta contundencia y competitividad en relación con Gemma.

No obstante, los esfuerzos de Edward por aumentar el interés de Gemma y su atención en la sexualidad continuó produciendo resultados ambiguos en la práctica. Intentó implicarla de nuevo en la vida sensual de las caricias compartidas, en el disfrute común de la música y las comidas, etcétera, pero ella tenía tan poco interés en esto como en el sexo. Ella hizo ligeros intentos para que él se interesara en juntarse con ella en sus actividades espirituales, pero aceptó de buen grado que él se resistiera. Mientras tanto, Gemma insistía en que se estaba esforzando por mezclar su espiritualidad con intereses mundanos para recuperar sus intereses eróticos. Amonestaba a su marido para que fuera más paciente. Una estrategia pragmática que se adoptó en el análisis fue considerar la posibilidad de que Edward pudiera alcanzar la satisfacción masturbándose para asumir la responsabilidad de una interacción sexual exitosa con Gemma y para dejar espacio en el que ella recuperara su expresión sexual. Aquí está “el frotamiento” (con perdón de Shakespeare; *here is “the rub”*, por *that is the question*) tanto para Edward como para otros: el orgasmo como tal era la parte fácil – él lo podía alcanzar por sí mismo cuando quisiera – pero alcanzar el clímax de esa forma no era suficiente. Él quería y necesitaba todos los detalles prácticos relacionados con el tacto, el olfato y la vista, con intensidades crecientes y decrecientes, de forma recíproca y simultánea. Echaba de menos implicarse sexualmente con alguien que también apreciara estas cualidades. Quería experimentar el placer de otra persona al ser complacida así como el placer de ella al complacerle a él. A mi entender, esto daba un vuelco total al paradigma motivacional de Freud, al reconocer las implicaciones teóricas del hecho de que para Edward y para muchos otros, el proceso de la relación sexual en su conjunto es tan significativo como el momento de la descarga orgásmica.

Por entonces Edward empezó a sucumbir ante los persistentes tambores de su obsesión por otras mujeres. Proyectó la imagen ideal de la amante comprometida en toda cara y forma femenina que pasara, básicamente para su propia frustración y culpabilidad. Ir por el mundo en un estado permanente de sobreexcitación sexual le condujo interiormente a una “batalla de titanes”, en el sentido clásico de ello/yo/superyo. Podía distraerse momentáneamente de este estado de aceleración, pero no lo podía aplacar sin verse envuelto en acciones que consideraba desleales, ilícitas y a veces peligrosas. ¿Qué pasaría si alguien le descubriera frecuentando las tiendas de juguetes para adultos, o merodeando el barrio chino al estar fuera en un congreso? ¿Qué pasaría si sus deseos llevaban su conducta más allá de estos límites?

Sin juzgar las conductas que pudieran ser dañinas, para él como para cualquier otro, le ayudamos a reevaluar sus anhelos junto con la vergüenza y la culpa que provocaban. Cuando logró comprender mejor y aceptar sus anhelos apasionados, se rebajó la tensión en la toma de decisiones sobre su conducta. La disminución de sus autoreproches le permitió someter su conducta a un mayor control, aunque todavía no totalmente seguro.

Destaquemos que Edward no sólo se sentía atado a las mujeres y frustrado por ellas, sino también oprimido y juzgado. Esto incluía a su madre, su esposa y, por supuesto, su analista. Parecía como si sólo la sumisión ante una nueva mujer, más poderosa e intacta, pudiera compensar el vacío de su propia desvitalización, transmitida a través de la relación con su madre. Desdeñaba a las mujeres por su dependencia pero, al mismo tiempo, se identificaba con ella. Después de tener una comprensión más profunda de estos conflictos pudo preguntarse en qué proporción los aspectos frustrantes de la relación matrimonial se debían a sus propios conflictos psicológicos frente a la inhibición de Gemma. El resultado es

que empezó a expresar sus necesidades de forma más directa, con lo que su hostilidad inconsciente se redujo de forma significativa.

En aquel momento Gemma inició su propio trabajo analítico y, finalmente, se implicó con más fuerza en el trabajo sobre su propia responsividad y empatía sexual. Esto permitió renovar los intentos para satisfacer el contacto sexual. Pero al mismo tiempo Edward percibió que Gemma sutilmente lo había encerrado y controlado férreamente. La frágil confianza que Edward tenía en Gemma pronto comenzó a debilitar su atracción por ella. Quería desearla pero parecía que ya no podía. Aunque ella todavía lo tenía “cogido” en las esferas no eróticas del amor, “la emoción se había ido” (*“the thrill was gone”*) (tomando prestada la frase de ese maestro del *rhythm and blues* que es B.B. King). Al comprender su frustración por el frotamiento fracasado también teníamos en cuenta la idea de que su inhibición no era más que un medio cruel para castigarla a ella por su desapego anterior. Su penoso reconocimiento de que este podía ser un factor que contribuyera al caso no sirvió de nada para revivir su deseo sexual hacia ella.

### Resultado del trabajo analítico sobre el frotamiento matrimonial

Edward posteriormente llegó a la conclusión de que por mucho que la amaba y apreciaba su compañía intelectual y emocional, su conexión sexual y, en definitiva, emocional con Gemma podía considerarse que había fracasado. Ella activaba demasiado a menudo, y con demasiada eficacia, la imagen interna de su madre, carente de pasión pero controladora, de forma que no había manera de sincronizar las necesidades sexuales de él y de ella. En efecto, o no se frotaban en absoluto o se frotaban del modo equivocado. Edward estaba demasiado traumatizado por el repetido fracaso de su frotamiento sexual – y por su incapacidad para trabajar juntos productivamente sobre los problemas – para continuar la pelea. Un nuevo intento por enfrentarse con la falta de confianza que ella mostraba hacia el impulso sexual de él, o comunicarle la impresión de que ella minaba toda concentración de deseo erótico entre los dos, parecía llamado al fracaso o potencialmente peligroso. El cierre de esta conducta era desmoralizante para Edward y lo enervaba. Y el bloqueo sexual se reflejaba también en otros aspectos de su relación, de los cuales era metáfora.

No obstante, Gemma sentía una tremenda adhesión hacia Edward, no sexual como en la canción que cité antes, sino como un buen amigo. Algunos otros elementos del emparejamiento se mantenían en su puesto y hacían muy difícil que Edward se separara. En esta nueva fase del tratamiento él peleó contra su dependencia y lentamente fue siendo capaz de rebajarla, lo suficiente como para separarse de su mujer en buenos términos. Después del divorcio los dos disfrutaron de una afectuosa amistad mutua y una amorosa preocupación por el bienestar del otro.

### La relación terapéutica como matriz de los conflictos del amor romántico, del deseo erótico y de la dependencia

¿Qué decir del “frotamiento” entre Edward y su analista durante estos largos años de trabajo? El tono de nuestra relación a menudo tenía la cualidad emocional de un chico en su primera adolescencia y su madre. Éramos Edward y una versión más empática y activa de su madre; o quizá éramos una versión mayor y más sofisticada de mis propios hijos adolescentes y de mí misma. Probablemente mezclábamos ambas cosas. Yo sentía afecto hacia él y cierta forma de actitud protectora junto con una suerte de aceptación sorprendida

de algunas de sus elecciones y juicios cuestionables. Era fácil apreciar a este hombre desgarrado, de aspecto infantil, cuyo pensamiento era una mezcla inusual de convicción intelectual y sensibilidad exquisita. Sin embargo, yo no podía admirarlo totalmente como un adulto y un igual debido a que sus maneras respetuosas y deferentes hacia mí encerraban en gran medida un niño pequeño que se adaptaba. Las variaciones y separaciones respecto a esta línea no se correspondían con ninguna actitud analítica por mi parte, excepto en lo que se refiere a un desvío pronunciado que ocurrió durante algunos meses, cuando Edward fue capaz, finalmente, de reducir su costumbre de utilizarme como “madre profesora”. (O’Shaughnessy, 1992, escribió de forma muy elocuente sobre los “enclaves” analíticos en los que se asienta una configuración transferencia/contratransferencia dada debido a la protección ante la ansiedad que proporciona tanto para paciente como para analista. A menudo me encontré encerrada en un refugio así con Edward – e intentando salir a codazos de allí – durante los primeros años de su análisis). Al renunciar a la tendencia de utilizarme como su evaluadora compasiva, parece que comenzó a internalizar mi opinión sobre sus *actings out*, como significantes psicológicos que debían ser entendidos más que juzgados. Esto fomentaba sus esfuerzos por conseguir la separación-individuación respecto a sus padres y esposa.

En muchos sentidos parecía que hubiera una “buena fricción” entre el paciente y yo, mientras que en otros el frotamiento era débil o inconsistente. Edward disfrutaba con mi franqueza y aceptación de su débil y avergonzado self – un self que se mostraba en sus actos extremos de sumisión total o de rebelión contra el vínculo matrimonial. Tremendamente agradecido y cada vez más dependiente de mí, se animaría con las indagaciones que yo hacía de sus conflictos, mesuradas y no desaprobatorias, y saldría de las sesiones sintiéndose más fuerte y centrado. Yo era feliz sintiéndome útil y gratificada por la fe que me tenía, incluso aún reconociendo el hecho de que nuestra relación tenía una cualidad filial, y hacía que lo examináramos conjuntamente.

Al mismo tiempo, Edward con frecuencia se desorganizaba entre las sesiones o los fines de semana, como si de nuevo fuera tragado por objetos y relaciones de objeto, internos y externos, de tipo punitivo. Sumergido en búsquedas problemáticas de alivio erótico, alternaba entre la autojustificación complaciente y la desesperación profunda cuando volvía a mi consulta. Niveles de comprensión que habíamos alcanzado juntos (o que yo *creía* que habíamos alcanzado juntos) sobre el efecto inductor de vergüenza de su actividad sexual compulsiva, se disolvieron en el aire. Me esforcé grandemente por él en aquellos momentos, también empecé a sentirme “utilizada” en el sentido de que se aprovechaba de mí, como si yo fuera una mera parte de un escenario más sano donde él hacía su representación durante nuestras cuatro sesiones semanales. No podía haber mucho “frotamiento” entre nosotros cuando dominaba tal disociación entre su vida dentro y fuera del análisis. Nos esquivábamos el uno al otro.

Finalmente, frustrada, confusa y con un enfado evidente, le confronté con la siguiente acusación: “Me estás desbordando”. Quería decir que con mucha frecuencia gastaba mi compromiso emocional y mental con él – primero, usándome de forma unidimensional, sólo como contrapunto de su punitivo crítico interno y, en segundo lugar, disociando su experiencia de mi relación con él, de forma que tuviera poco efecto en el tiempo entre sesión y sesión. Está queja resonó en su interior. Lo empujó fuera de su complacencia en la disociación entre la forma de presentarse dentro y fuera del análisis. Mi potente “golpe” captó su atención debido a que afirmaba mi derecho a existir para él y a tener influencia, mi derecho a “activarle” (o a activar cierto aspecto suyo de despreocupación) y “activarle” en el sentido de activar su autoconciencia más profunda. Si yo me podía sentir “desbordada” por



él esto era prueba de mi profundo compromiso emocional con él, que me hacía sentir al mismo tiempo vulnerable y poderosa. Se trataba de un momento de fricción real entre nosotros, reduciendo sus deseos inconscientes de dejarme de lado, para creer que yo estaba por encima o más allá de sus peleas ínfimas.

Hasta ese momento ciertamente había habido una corriente sensual entre nosotros, en la que su doloroso autoexamen y rechazo hacía surgir en mí la imagen de acariciar su pelo o su frente, en el mismo modo que podía haberlo hecho por mis hijos llegado el caso. Pero entramos en un callejón sin salida cuando surgieron sentimientos eróticos reales (más allá de nuestro afecto mutuo) o de hostilidad. Los frotamientos hostiles o sexuales estaban fuera de nuestro alcance, pues yo no podía entrar en contacto con sentimientos intensos, sexuales o agresivos, hacia él, y él no quería admitir sentimientos de este tipo hacia mí. (Esto llamó mi atención como la reminiscencia del informe realizado en 1956 por la poeta H.D. de una sesión con Freud, en la que él exclamó que el problema del análisis es que ella no podía amarlo transferencialmente porque era un “hombre mayor”). Cuando Edward llegó a la fase de preocuparse por otras mujeres y por búsquedas sexuales marginales, traje de nuevo a colación la posibilidad de que estuviera expresando una transferencia erótica no reconocida (“erótica” en el sentido estricto del deseo físico). Respondió que no pensaba que se sintiera atraído por mí ni romántica ni sexualmente, pero que al mismo tiempo él no quería admitir esto abiertamente por miedo a herirme. Al ser un individuo psicodinámicamente astuto sabía que la ausencia de sentimientos eróticos podía estar relacionada defensivamente con su necesidad desesperada de tenerme como madre sustitutoria y por tanto, en su opinión, como una figura asexual. Hubo de confesar que le agradaba mi gusto en el vestir, observarme, advirtiéndome mi olor especial y disfrutándolo - pero que el placer terminaba ahí.

Esta escisión entre lo que Edward me comunicaba y lo que censuraba, lo que podía conocer y lo que ocultaba incluso para sí mismo, lo que consideraba que “debería” sentir y lo que realmente sentía, se convirtió en el foco de indagaciones útiles. Si *existía* una desviación de nuestros sentimientos eróticos o erótico-agresivos, yo creía que esto podía haber surgido de *su* parte por su necesidad de controlarme y retenerme en mi empático rol materno. Por *mi* parte, aunque había realizado importantes esfuerzos para explorar las potencialidades eróticas subyacentes entre nosotros, antes de su divorcio detestaba invocar una transferencia erótica entre nosotros, por miedo a desviar su energía sexual de su mujer, lo que habría reforzado a su defensividad (Por ejemplo, sin darme cuenta yo evitaba llevar a nuestras sesiones un par de botas que él había encontrado “chic” y sugerentes). En el nivel de la contratransferencia más personal, en la realidad había un registro semiinconsciente de su tendencia a la crítica hostil, en cuanto a que yo vacilaba en convertirme (aunque sólo fuera de forma simbólica) en otra mujer que él conquistaría emocional o eróticamente, simplemente para encontrarla inferior y necesitada. Por tanto, en relación con sus conflictos y temáticas sexuales, también llevé durante cierto tiempo una capa protectora para disminuir o poner a distancia gran parte del frotamiento potencial.

Por otra parte, puede ser que simplemente no hubiera entre nosotros pulsión de emparejamiento erótico, ni consciente ni inconsciente, ni abierto ni oculto. Lo cual debe ser cierto en muchas relaciones analíticas. Las concepciones psicoanalíticas que presentan el vínculo terapéutico siempre cimentado en un eros subyacente (en el sentido de deseo sexual) y/o en la agresividad, pueden estar mal orientadas. La insistencia en que encontremos y analicemos estos aspectos dentro de la relación analítica para que el tratamiento sea completo, sería como un lecho de Procuro, estaría fuera de todo objetivo realista. Dicho brevemente, creo que exageraríamos la importancia y obligatoriedad del

deseo erótico en la transferencia-contratransferencia dentro de la relación analítica. En verdad, los tres impulsos tienen la misma importancia en el emparejamiento, por lo que el pegamento en una matriz relacional terapéutica concreta podría ser de *cualquiera* de esas tres variedades – serían tan probables el apego emocional o los sentimientos románticos como los deseos eróticos. (Compárese esto con Roy Schaffer, 1977, sobre “las condiciones para el amor”). El fracaso a la hora de encontrar el erotismo dentro de la configuración transferencial-contratransferencial, en análisis como el de Edward, tendría que ver más con la realidad que con las defensas. Cuando simplemente no existe dentro de la relación analítica, el analista necesitará buscar caminos extratransferenciales por donde explorar la vida erótica interna del paciente.

Como tenía que ser, una vez que Edward y su esposa se divorciaron se hicieron evidentes cuáles habían sido las contribuciones de aquel a su común estancamiento sexual. Vimos repetirse los conflictos intrapsíquicos y las representaciones, y amplificarse en las nuevas citas con mujeres e intentos sexuales. Obviamente encontramos una disociación entre las dos partes, por no decir los dos selves [plural de *self*] de Edward. Al lado del médico cuidador, feminista y altruista, estaba el DonJuan/Casanova al que se había aludido pero que no había cobrado una vida tridimensional en el espacio analítico. La resultante de comprender esta escisión apolíneo/dionisiaca, sin embargo, no fue exactamente la que yo esperaba. Al reconocer la cuestión, Edward tuvo la idea de que este apetito sexual y la persona asociada con él era algo con lo que le tocaba vivir en su interior, que quizá se trataba de una expresión aceptable de un deseo sexual normal aunque extremado. En general se sintió mucho mejor al haber terminado con éxito el prolongado estancamiento matrimonial y su abstinencia impuesta. Armado con su recientemente descubierto sentido de libertad sexual y emocional, Edward comenzó a hacer planes para terminar el análisis.

Aunque con cierta incomodidad, yo acepté inicialmente su sensación de que en este contexto necesitaba intentar seguir por su cuenta. No obstante, su experimentación sexual continuaba escalando niveles cada vez más arriesgados, hasta que su naturaleza defensiva se volvió en mi opinión incontrovertible. Cada vez me sentía más comprometida y frustrada y rompí de nuevo nuestro compromiso de amable cortesía para oponerme a su decisión de terminar. Yo interpreté su rechazo tácito a expresar directamente contra mí su decepción y enfado, como un método para dejar intacta la escisión inconsciente entre el niño/paciente esclavo, bueno y complaciente, y el hombre dominador, malo, exigente, ávido, voraz. Pronto se hizo evidente para nosotros dos el que se trataba de una reactualización de la escisión luz/oscuridad existente tanto en su interior como en sus relaciones matrimoniales y filiales. Parecía que necesitaba huir desde la contradependencia en lugar de volverse y comprometerse conmigo (¿por medio de la lucha o de hacer el amor?) como dos adultos, hombre y mujer. Estaba evitando una fricción mutua, una influencia mutua que incrementara (de forma amenazadora) la tensión entre nosotros. Pero lo que verdaderamente necesitaba era frotarse contra mí y viceversa, así podríamos poner en contacto activo las partes dispersas del sí mismo. Finalmente, persuadido por estas consideraciones, Edward pudo enfrentarse al desafío y retomamos nuestra pelea analítica con un resultado al final más completo y constructivo.

El de Edward era uno de los casos en el que las escisiones subyacentes en su sentido del self, en el sentido del niño bueno y complaciente, frente al hombre sexual y autoafirmativo, le llevó a una alteración en su capacidad para reconocer cuándo faltaba el adecuado frotamiento en la dimensión erótica de su relación matrimonial. Esta escisión contribuyó igualmente a que no fuera capaz de influir en la relación en dirección de un frotamiento mejor. Edward prosperó en el compromiso emocional (atenuado) y en la fricción

intelectual de la vida con su mujer, que le mantuvo enganchado a pesar de la insuficiencia general de una fricción constructiva entre ambos. Finalmente, al poner en orden la importancia que tenía para él la fricción en cada uno de los *tres* dominios del emparejamiento, Edward fue capaz de alcanzar relaciones más satisfactorias con nuevas parejas.

### Una reflexión final sobre el frotamiento en la vida matrimonial de Edward

Edward y su esposa habían logrado su vinculación íntima de compañerismo durante años de necesitar y dar, estimulando al otro y siendo estimulado a su vez, activando y recompensando cada una de las fantasías del otro dentro de las esferas de sus intereses compartidos, valores y objetivos. En *cierta* medida la pareja había aprendido ritmos de relación humana íntima suficientemente buenos. Por otro lado, no conseguían una vida suficientemente buena en el “frotamiento” erótico. La frustración de sus deseos eróticos no era algo que para Edward tuviera que romper de forma automática el acuerdo en la relación, debido a que para él los otros elementos del emparejamiento eran enormemente importantes y, *en ocasiones*, suficientemente satisfactorios. Sin embargo, las implicaciones simbólicas de su falta de sintonización erótica – por encima y más allá de sus efectos concretos – reflejaba también el potencial de dificultad en las otras dimensiones. Las rarezas psicológicas que Edward experimentaba estaban en contra de la pareja.

La situación de Edward habla de un tema colateral – el que el entorno cultural específico crea reglas de hasta dónde deberíamos respetar y soltar las riendas de una pulsión de emparejamiento - ya sea sexual, de compañerismo/dependencia, romántica. Nuestro medio sociocultural local plantea normas sobre cómo se deberían relacionar entre sí los diferentes impulsos de emparejamiento, bajo qué condiciones y en qué estadio de la vida. Así también la cultura local dicta cómo hay que hacer para perseguir honorablemente estas necesidades. Los caprichos de nuestra sociedad particular dictan que una pulsión sexual incrementada, cuando no es gratificada en el seno de una relación larga de dos adultos que se aceptan mutuamente, debe ser considerada pecaminosa o vergonzosa, y como un indicador de inadecuación personal. El no ser capaz de desear sexualmente a la propia pareja también puede provocar una vergüenza intensa en la persona carente de deseo. Tales autoatribuciones movilizan defensas para no ser honesto consigo mismo, lo que las consagra en las profundidades del psiquismo. Los problemas para establecer un ritmo erótico constructivo con el otro empeoran debido a que estas defensas alteran la sintonización con los propios ritmos y con los ritmos del otro, tanto en las relaciones sexuales como en las demás.

### Conclusiones

Los deseos eróticos no alimentan por sí mismos toda la motivación humana (salvo que interpretemos “erótico” en el sentido más amplio posible); se trata de uno más de un conjunto de motivos de deseo que nos llevan a formar lazos íntimos. Precisamente el eros y sus ritmos no carecen de importancia, ni son un mero derivado o un símbolo de algunas otras pulsiones de emparejamiento. (La repetida frustración de los ritmos de las caricias que Edward intentaba, la frustración de su necesidad de un ciclo de intensificación sensual y relajación, tenían graves consecuencias por sí mismas, pero también como metáfora de otros aspectos de su relación matrimonial). Creo que todos nosotros, aunque en grados diferentes, necesitamos dar y recibir fricción, presionar a otro que pueda tolerarlo y, de

hecho, disfrutar de ese estilo de oposición temporal. Cuando consideramos la actividad sexual como un proceso más que simplemente como un medio para alcanzar un fin, descubrimos su utilidad como un símbolo de las *múltiples* necesidades de emparejamiento – no sólo del deseo erótico sino también de la dependencia/compañerismo y de los impulsos románticos. Nuestra atención se centra en el ritmo de nuestro mutuo presionar y ser presionado, a veces gozando de la presión y otras rechazándola. El rol de la oposición modulada y de la fricción en el último servicio de la mayor vinculación amorosa puede ser adoptado también como modelo de las otras relaciones humanas.

Resumiendo, ofrezco una perspectiva sobre las relaciones sexuales que implica cuatro ideas conectadas. En primer lugar, el interjuego sexual y la relación en sí misma implica una *red* de pulsiones de emparejamiento en ocasiones coincidentes y en ocasiones divergentes; no son la mera expresión de una pulsión erótica primaria y de otras subsidiarias como el afecto, el romance o el apego emocional. En segundo lugar, la cadencia relacional del interjuego sexual es justamente igual de importante que el objetivo del orgasmo – deseamos los ritmos, texturas y movimiento sensorial de la interacción tanto como su final. Esta cadencia intersubjetiva es asimismo importante en las otras necesidades de emparejamiento. En tercer lugar, el rol del sano presionar contra, de una oposición vital entre el self y los otros, crea una excitación dinámica propia. Oponerse a otro – y recibir la oposición – puede afirmar el self y ayudar en su estructuración. En cuarto y último lugar, el “enganche” del otro con nosotros es función de todos los impulsos de emparejamiento combinados. Amar al otro de forma tan compleja y, al mismo tiempo, involuntaria, es a menudo, en palabras tomadas del *Hamlet* de Shakespeare, “una consumación que debiéramos desear fervorosamente”<sup>10</sup>, pero una que desafía nuestras facultades al máximo.

## REFERENCIAS

- Ackerman, D. (1995), *A Natural History of Love*. New York: Vintage.
- Brenner, C. (1974), *An Elementary Textbook of Psychoanalysis* (Rev. and expanded ed.). Garden City, NY: Doubleday Anchor.
- Carver, R. (1974), *What We Talk About When We Talk About Love: Stories*. New York: Vintage, 1989.
- Cassidy, J.&Shaver, P. R. (1999), *Handbook of Attachment: Theory, Research, and Clinical Applications*. New York: Guilford.
- Crastnopol, M. (2001), On the importance of being (earnestly) hybrid—Or, qualms of a quasi-postmodernist. Commentary on paper by Susan Fairfield. *Psychoanal. Dial.*, 11: 253–267.
- Dimen, M. (2003), *Sexuality Intimacy Power*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Fisher, H. (2004), *Why We Love: The Nature and Chemistry of Romantic Love*. New York: Henry Holt.
- Gay, P., ed. (1995), *The Freud Reader*. New York: Norton.
- Goldner, V. (2004), Attachment and eros: Opposed or synergistic? *Psychoanal. Dial.*, 14:381–396.
- H.D. (1956), *Tribute to Freud*. New York: New Directions Paperback, 1974.
- Luepnitz, D. A. (2002). *Schopenhauer's Porcupines: Intimacy and Its Dilemmas*. New York: Basic Books.
- Mitchell, S. A. (1988), *Relational Concepts in Psychoanalysis: An Integration*. Cambridge, MA. Harvard University Press.
- Mitchell, S. A. (1997), Psychoanalysis and the degradation of romance. *Psychoanal. Dial.*, 7:23–41.

- \_\_\_\_\_ (2002). *Can Love Last? The Fate of Romance Over Time*. New York: Norton.
- \_\_\_\_\_ & Aron, L. (1999), *Relational Psychoanalysis: The Emergence of a Tradition*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- O'Faolain, N. (2001), *My Dream of You*. New York: Riverhead.
- O'Shaughnessy, E. (1992), Enclaves and excursions. *Internat. J. Psychoanal.* 73:603–611.
- Schafer, R. (1977), The interpretation of transference and the conditions for loving. *J. Amer. Psy. Assoc.*, 25:335–362.
- Solms, M. & Turnbull, O. (2002), *The Brain and the InnerWorld: An Introduction to the Neuroscience of Subjective Experience*. New York: Other Press.
- Stein, R. (1997), Passion's friends, passion's enemies: Commentary on paper by Stephen A. Mitchell. *Psychoanal. Dial.*, 7.
- Winnicott, D. W. (1965). *The Maturational Processes and the Facilitating Environment*. New York: International Universities Press.

## NOTAS

<sup>1</sup> Publicado originalmente como: Crastnopol, Margaret (2006). The Rub: Sexual Interplay as a nexus of lust, romantic love, and emotional attachment. *Psychoanalytic Dialogues*, 16, 6: 687-709. Publicación on-line: 5 de Abril de 2007. Reproducido y traducido con permiso del autor y del editorial propietaria de los derechos (Taylor & Francis, <http://www.informaworld.com>). Traducción castellana de Carlos Rodríguez Sutil.

<sup>2</sup> Estoy muy profundamente agradecida a las aportaciones invaluable que han hecho en relación a este trabajo los Dres. Dodi Goldman, Ladson Hinton, Raelene Gold, Michael Horne, Judy Kantrowitz, Adrienne Harris, Stephen Seligman, y Joyce Slochower. Por sus comentarios igualmente incisivos, estoy también muy agradecida a Joseph Canarelli.

<sup>3</sup> Margaret Crastnopol es Doctora en Psicología y co-fundadora y miembro del cuerpo de profesores del *Northwest Center for Psychoanalysis* en Seattle, Washington. Es supervisora de psicoterapia y miembro del cuerpo de profesores del *William Alanson White Institute* en New York City; es editora asociada de las revistas *Psychoanalytic Dialogues*, *Contemporary Psychoanalysis* y *Clínica e Investigación Relacional*. La Dra. Crastnopol trabaja en práctica privada en Seattle, Washington (USA). Dirección de contacto: 515 28th Avenue East Seattle, WA 98112 [margretc@u.washington.edu](mailto:margretc@u.washington.edu)

<sup>4</sup> Es evidente que no soy la única de esta opinión. Véase Ackerman (1995), Solms y Turnbull (2002), y Fisher (2004). El trabajo de Fisher será descrito después, con cierto detalle.

<sup>5</sup> La oxitocina que se segrega durante el orgasmo puede actuar como una conexión bioquímica en la que interactúan las pulsiones sexual y de apego, según la oxitocina incrementa el sentido subjetivo de bienestar y esto se ve asociado con la pareja, se favorece una unión emocional más profunda (Shever y Cassidy, 1999, p. 350).

<sup>6</sup> “De estas dos corrientes es la cariñosa la más antigua. Procede de los más tempranos años infantiles, se ha constituido tomando como base los intereses del instinto de conservación y se orienta hacia los familiares y los guardadores del niño. Integra desde un principio ciertas aportaciones de los instintos sexuales, determinados componentes eróticos más o menos visibles durante la infancia misma y comprobables siempre por medio del psicoanálisis en los individuos posteriormente neuróticos. Corresponde a la *elección de objeto primario infantil*. Vemos por ella que los instintos sexuales encuentran sus primeros objetos guiándose por las valoraciones de los instintos del yo, del mismo modo que las primeras satisfacciones sexuales son experimentadas por el individuo en el ejercicio de las funciones somáticas necesarias para la conservación de la vida.” (Freud, 1912, Sobre una degradación general de la vida erótica. En *Obras Completas*, Biblioteca Nueva, vol. II, p. 1711).

<sup>7</sup> Brenner (1974) advirtió que la primera teoría instintiva formal de Freud dividía las pulsiones en sexuales y de autoconservación. Posteriormente eliminó (o por lo menos redujo la importancia de) la idea de la pulsión de autoconservación, con el resultado de que “durante muchos años todas las



---

manifestaciones instintivas fueron consideradas parte de la pulsión sexual, o derivadas de ella” (p. 19). La última formulación enmendó esto a favor de una teoría dual de los instintos, de sexualidad y agresividad.

<sup>8</sup> Dodi Goldman (comunicación personal por e-mail, 2007) lo elabora así: “[Winnicott] describe de forma explícita las relaciones madre-niño en términos del deseo mutuo y de la coexistencia de sexualidad y agresividad en lo que él denomina ‘el niño excitado’... [según Winnicott] para que en el adulto la sexualidad sea genuinamente significativa (en oposición a simplemente ‘satisfactoria’) debe mantener su conexión con el gesto espontáneo (que puede ser el otro lenguaje del autoerotismo) mientras que simultáneamente se reconoce al otro como un centro separado de la propia subjetividad (uso de objeto). Esto no es pequeña hazaña. Para que sea posible tiene que haber un sentido del self suficientemente desarrollado que se vea realizado más que alterado por la destrucción inexorable y fantaseada y por las excitaciones de la vida sexual.” Doy las gracias también a Joyce Slochower por sus aclaraciones sobre este asunto.

<sup>9</sup> Solms y Turnbull (2002) volvieron a invocar la idea de la pulsión libidinal como una fuerza biológica evolutiva compartida por todos los animales. Citan con aprobación la definición de instinto o “pulsión” (el término preferido por los autores) de Freud (1915, *Los Instintos y sus Destinos*) como: "... la representación psíquica de los estímulos que se originan dentro del organismo y llegan hasta la mente, derivada de su vinculación con el cuerpo" (*Obras Completas*, Biblioteca Nueva. Tomo II). En su versión de la pulsión, un sistema neurológico que busca (o desea) activa al organismo y produce expectativas de ser satisfecho, y un subsistema de deseo sexual (o de consumación) localiza la recompensa e intenta utilizarla. Al aplicar estos hallazgos parecerá que el deseo sexual propiamente posee una identidad separada pero interconectada con otras pulsiones (de emparejamiento) que vinculan a dos individuos. Más que un impulso que evoluciona a partir de otro, cada una de estas pulsiones de emparejamiento puede muy bien funcionar – no exactamente en paralelo sino de manera interconectada - de acuerdo con el mismo modelo en el que un estado de necesidad dispara la búsqueda de la actividad. La investigación de Solms y Turnbull apoya la idea de que el amor romántico no es una expresión sublimada de la pulsión erótica ni una dependencia de la compañía como expresión de la libido inhibida en su fin, sino que de hecho estos dos impulsos son fisiológicamente diferenciables.

<sup>10</sup> William Shakespeare: *Hamlet: Príncipe de Dinamarca*. Traducido por L. Astrana Marín. Santiago (Chile): Editorial Universitaria, 1968, p. 56.